

El Curandero

Autor: Cristián Sarmiento C.

*«Basado en la leyenda de la Animita de
Romualdito»*

Todos los Derechos Reservados y registro de
propiedad intelectual

© Cristián Sarmiento

Portada: Orange Budha Ediciones

ISBN: 9781980580096

www.orangebudha.cl

Edición Marzo 2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor

Romualdo Pacheco era un arriero bastante conocido en la zona de San Gabriel. De familia ligada a este tradicional oficio, había aprendido sus funciones casi a la par con caminar. De hecho, sólo estudió hasta los 10 años debido a las múltiples necesidades familiares y las elevadas cargas laborales de su padre. Su trabajo era demandante, una cantidad importante de horas sobre un caballo, cuidar el rebaño, preocuparse de la alimentación y, en muchas ocasiones, pasar varios días fuera de casa en condiciones bastante precarias para un niño. Poco sabía de jugar y entretenerse, ya que su consciencia fue orientada desde temprana edad a la necesidad de cubrir con lo que el hogar demandaba. De vez en cuando, alguna trilla o domadura de potro se convertían en las únicas diversiones para este infante.

A los 14 años, su madre falleció producto de un alza de presión, lo que acrecentó las funciones que tanto él, su padre y uno que otro hermano debía realizar. Alimentación, aseo, colegio – hasta donde se podía – y vestimenta, eran ocupaciones bastante exigentes para un lote de hombres inexpertos respecto al “teje - maneje” de un hogar. Su vida creció lejos de las celebraciones y fiestas, el enfoque era levantarse temprano, disfrutar poco y... trabajar y trabajar.

— ¡Hay que cooperar con el hogar! ¡La vida es dura y hay que sacarse cresta y media para sacar adelante la familia! ¡El dinero es escaso y hay que cuidar hasta el último peso! ¡Así nos tocó la vida, sólo nos queda agradecer a Dios!...eran conversaciones habituales en su mente.

Aunque nunca supo de lo que se trataba aquel Dios, regularmente hablaba de él con devoción y reverencia, imaginando que se encontraba en algún lugar — cerca del cielo — con lápiz y papel en mano, anotando todas las acciones que cada ser humano llevaba a cabo.

Tenía cierto miedo de Dios y de un potencial «castigo divino» producto de una «mala acción», dando en su vida cotidiana especial diferencia entre lo considerado «bueno» y «malo»; entre «Dios» y el «Diablo», en suma, entre «opiniones externas» y «sus propias interpretaciones». Siempre, absolutamente siempre, obedeció todo lo que impusieron sobre sí; nunca puso en duda alguna orden o veredicto por parte de sus padres o algún tipo de autoridad.

Este panorama estático e inflexible, lejano a la conectividad e interacción del mundo, se vio aún más complicado. A la edad de 18 años, su padre falleció producto de un accidente en la alta montaña. Romualdo no sabía qué hacer. De hecho, a duras penas y con la ayuda de algunos vecinos pudo zanjar

la engorrosa tramitación asociada a los procedimientos fúnebres.

— ¿Qué haré en este momento a cargo de 10 hermanos? — se cuestionaba por incredulidad.

Debido al estricto carácter de su padre, tanto la familia materna como paterna había decidido alejarse en su totalidad de su círculo. Si bien, durante los primeros meses contó con el apoyo de algunos vecinos, dada la importante cantidad de trabajo, éstos paulatinamente comenzar a alejarse argumentando compromisos de dudosa validez.

Su única sabiduría era un puñado de palabras que había aprendido gracias a su oficio y los pocos años de colegio, uno que otro refrán que sabía leer y memorización de charlas cotidianas. Era un hombre de tierra, duro, sin sentimientos, que no sabía mayormente expresarse salvo con gritos y uno que otro ademán. Aunque nunca «levanto la mano» a alguno de sus hermanos, en muchísimas ocasiones, cuando la avalancha sentimental golpeaba con todo sobre sus montañas, amagaba con sacar la huasca y ofrecer un golpe...dado su noble corazón y semillas de empatía — aun desconocido para él — nunca llegó a concretarlo.

El manejo de su pseudo—negocio más las obligaciones del hogar no tardaron en generar cierto descontrol sobre su ser. Cansancio excesivo, estrés e insomnio, visitaban su hogar día tras día.

Agobiado con la vida que llevaba y absolutamente preso de las circunstancias, optó por visitar el Servicio Social más próximo para contar su situación. Fue atendido por una amable señora, de espíritu servicial quien no comprendía cómo no había recibido apoyo durante estos meses. Romualdo, se llevó uno que otro «tirón de orejas» por su incomprensión y falta de actitud hacia el funcionamiento social. Gracias a Dios y por el bienestar de su familia, los Asistentes Sociales no tardaron en ir a visitarle. Sólo demoraron dos días desde su visita a las dependencias de la Municipalidad, algo a claras luces más que milagroso.

— Don Romualdo, dada las condiciones en las que se encuentra viviendo, hemos decidido que su caso tiene carácter de urgente. Por lo tanto, será visitado la semana entrante, entre miércoles y viernes, para que esté en su hogar. Entendemos que no dispone de medios de comunicación, por ello, nos urge su presencia en esos días.

— ¡Pierda cuidado! ¡Estaré esos días en el hogar! — afirmó Romualdo.

Fueron días complicados. Romualdo entendía que podía perder la “tuición” de gran parte de sus hermanos, debido a la clara incapacidad de mantenerlos. Aún más, él nunca había tenido una pareja, menos una polola, sólo se conformaba con

mirarlas. Sinceramente, era un ser humano criado bajo el alero de la timidez y la vergüenza, por ende, siempre creyó ciegamente que, para él y para los suyos, el mínimo merecimiento era parte de una innegable verdad.

Aprovechó esos días para jugar con los suyos junto a unas antiguas muñecas de paño y pelotas que le habían regalado tiempo atrás. Se respiraban aires de nostalgia en el entorno y ciertos atisbos de soledad no tardaban en acercarse a los pensamientos del arriero.

— ¡Es casi seguro que tus hermanos partirán a una casa de menores! — era el pensamiento repetitivo que una y otra vez sonaba en su cabeza.

De hecho, intentaba obviarlo o derechamente «sacárselo» a como diera lugar, no obstante, entendía muy precozmente que lo que estaba en su interior no era objetivo, sino enigmático y misterioso, algo así como un espectro o fantasma que le atemorizaba continuamente.

Los días pasaron y no tardaron en llegar las personas del Servicio Social. Obviamente, y como todos esperaban, el dictamen daba lugar al retiro de, al menos, 8 de sus hermanos a un centro de cuidado de menores. Ramón, el segundo hermano de la sucesión, podía mantenerse en casa con Romualdo entendiendo las labores del campo y que su apoyo se consideraba valioso para el desarrollo de las

funciones. Tanto Ramón como Romualdo estuvieron de acuerdo

— ¡Qué más podemos hacer! — fue la respuesta espontánea al mirarse fijamente con resignación ante los hechos.

La decisión fue dolorosa en lo profundo, lastimosa hasta las entrañas. Su familia, en menos de 5 años, se desarmó por completo. Su madre, padre y hermanos habían partido. Había que reconfigurar la vida desde otro punto de vista y técnicamente «partir desde cero», una labor no despreciable para dos jóvenes desconocedores de la existencia.

Como «buenas hormiguitas» mantenían ciertos ahorros y su ganado tenía un valor comercial para nada despreciable, detalle que ortorgaba cierto descanso a nivel financiero.

Pasaron un par de días antes que el Servicio Social viniese a retirar a sus hermanos. En un gesto de fraternidad, todos se abrazaron cariñosamente, entendiendo que era lo mejor para todos y que ninguno de ellos había tomado parte en esta elección.

— ¡Al parecer, así funciona el destino! — meditaba con resignación Romualdo.

Los días posteriores a la partida de sus hermanos fueron de contemplación y profundo silencio. Una tremenda herida se había generado en sus corazones y, ahora más que nunca, se notaba la

ausencia de sus padres. La angustia y ansiedad eran evidentes tanto en Ramón como Romualdo, situación que no tardó en acercarlos al alcohol y a ciertos excesos — descuidando en gran medida el cuidado de sus activos —.

Noches enteras bebiendo y días completos pasando la «curadera» eran pan de cada día para estas almas desoladas en una tristeza ancestral. Para peor, nadie venía a verlos y como no disponían del «don de gentes» pasaban desapercibidos para sus vecinos, entendiendo, que ahora sus hermanos ya no estaban bajo su cuidado.

Era martes por la noche, cuando extrañamente alguien gritó afuera de la casa de los muchachos
— ¿Hay alguien aquí, gancho? — gritaron como desaforados.

Romualdo, parándose como pudo, salió a ver quien llamaba con tanta fiereza afuera de su hogar.

— Oiga joven, vengo a avisarles que andan unos cuatreritos dando vueltas por estos sectores. Entiendo que tienen varias cabezas por el cerro. ¡Tengan cuidado, que la cosa está brava! — afirmó el viejo arriero.

— ¡Muchas gracias por el aviso, gancho! — fue la escueta respuesta de Romualdo.

Sinceramente, el mensaje «entro y salió de su cabeza» con una rapidez digna de "Speedy González" ¡No dio ninguna importancia al tema!

— ¡Oye Ramón, anda a ver las «cabezas» que creo andan cuatrerros al aguaito! — ordenó Romualdo.

— ¡Ya Romualdo, mañana iré a ver! — respondió Ramón con cierta desidia.

Tardó en partir, si bien, lo ideal era encaminarse al día siguiente, demoró dos días en ir a ver sus posesiones. En el camino, ciertos pensamientos de independencia asomaban como interesantes desafíos para su vida. El anhelo de tener una mujer, conocer lo que era una relación sexual y tener hijos, se presentaba como un deseo a cumplir. De hecho, cada vez que se detuvo a descansar planificaba en su mente como lo haría para generar más dinero y lograr cierta independencia de Romualdo.

— ¡Al menos me debe pertenecer parte del ganado! — se repetía continuamente.

Este deseo se veía acrecentado por el gusto que Ramón tenía por una niña del sector con quien «jugaba a las miraditas» cada vez que la oportunidad lo permitía.

Ya revisado el estado de su ganado, constatando que no había mayor novedad y con una firme convicción respecto a su temprana decisión, se

devolvió raudamente a casa a conversar con su hermano.

— Romualdo, oiga ¡Está todo bien por allá! Sabe necesito conversar con usted — vociferó el joven.

— ¿Cuénteme que necesita, oiga? — contestó Romualdo.

— Sabe estoy próximo a cumplir 18 años y tengo el deseo de tomar la mano de la joven Noemí ¿La conoce? Sabe, no me acostumbro a la soledad y he pensado que podría administrar parte del ganado e independizarme. Como entiendo que parte de las «cabezas» me pertenece, una porción de las ganancias sería para mi vida y, el resto, las puedo entregar en una libreta de ahorro para nuestros hermanos. Además, usted sabe mi afición por la tierra y he estado mirando unos sitios donde podría plantar ajos y cebollas o dedicarme al cultivo de flores, como los gladiolos o lo que recomiende los entendidos — explicó con detalle el mozuero.

—Sabe hermano, Usted siempre ha sido un «agrandado». Lo entiendo perfectamente. Comprendo que nosotros poco y nada conversamos y que juntos, más extrañamos que crecemos, así que lo bendigo en su decisión. Lo importante, es que ninguno se haga daño y que pensemos en el bienestar del resto de la familia — concluyó un sereno Romualdo.

— Hermano, voy a pensar en una propuesta de administración que nos convenga a todos y se la voy a comentar. Mientras tanto, yo me encargo del ganado y su vigilancia. Si gusta, dése un tiempo para usted y de corazón ¡Pierda cuidado! ¡Todo va a estar bien! He notado que está «en otra» y que ha perdido el foco. ¡Usted sabe, esto del alcohol! ¡Usted no es así! ¡Siempre ha sido un hombre de dedicación y trabajo! — le recomendó con compasión.

— Quería sugerirle que mientras ordeno todo, dedíquese a usted, especialmente a reenfocar su vida. Nunca ha estado con una mujer, tiene pocos o casi ningún amigo y regularmente anda «atrapado en su mente». Yo poco y nada entiendo de la sicología y de las emociones, pero siempre lo veo «como en otra dimensión» — afirmó un convencido Ramón.

— ¡Sí habla hasta solo a veces, po gancho! — rió a carcajadas con amor.

— ¡Usted siempre ha sido el más inteligente y observador de todos! ¡No se le va «niuna»! — respondió con alegría Romualdo.

— Sabe, le agradezco su ofrecimiento y lo voy a tomar. No he parado de trabajar en toda mi vida y me haría bien uno o dos meses de vacaciones. Creo que me gustaría ir cerro arriba a mirar las estrellas y pensar en todo lo que ha ocurrido.

— ¡A ver si Dios me regala una idea! ¡O una mujer, mejor pué gancho! — rieron a carcajadas con fraternidad de hermanos.

Desde ese día, Ramón el más ejecutivo de todos los hermanos, tomó la administración de los bienes de la familia. Si optaba por vender o realizar una transacción importante, de todas formas, sería analizada entre ambos. Romualdo confiaba plenamente en el albedrío y en la toma de decisiones de Ramón. Eso reportaba tranquilidad en la relación.

Al amanecer del día siguiente, el gran cuestionamiento de Romualdo era ¿Qué hago ahora?, por primera vez en su vida, disponía totalmente de su tiempo para hacer lo que quisiera. Pensó en ir a la ciudad, conocer bien como era el orbe, ir a dar vueltas por unas plazas, conocer los estadios de fútbol, estar sentado en la fascinante estación de trenes. Sólo lo último le motivaba profundamente, pero en soledad, claramente nada de eso lo convencía.

Finalmente, decidió tomar su caballo, una carpa, algo de alimento y previo «mirar al cielo» para pronosticar el tiempo, partir con rumbo a la montaña.

En el camino fue sintiendo algo extraño en el pecho, ciertas sensaciones de pesadez le hacían sentir cierta dificultad para respirar. Aún más,

comenzó a experimentar cierto frío en las manos y en los pies.

— ¡Esto no lo he sentido nunca! — pensaba para sí.

No obstante, con la fiereza y rudeza de un hombre de campo siguió firme hacia adelante. Conocía un lugar bastante interesante, que contaba con cercanía al río, con planicies para pernoctar con tranquilidad y una antigua cueva que servía de refugio en caso de tormenta.

Llegó muy temprano, lo que permitió revisar el sector y entrar a la cueva para cotejar que no hubiese «bichos extraños». De todas formas, prendió fuego dentro del lugar para ahuyentar cualquier tipo de «invitado de piedra». Era importante cerciorarse del lugar, ya que en caso de lluvia, era su apacible habitación. Aprovechó de recolectar una buena cantidad de leña, mirar las cercanías y preparar con tranquilidad algo de comida. Llevaba distintos tipos de carne de cerdo, embutidos, algo de pan y aderezos como la mayonesa, que era su secreta adicción.

Extrañamente a lo que su instinto indicaba, la noche comenzó a enfriarse más de lo que se esperaba. ¡Me falló la «Tincada del Huaso»! — pensaba para sí mismo.

— ¡Tendré que acomodar las cosas y entrar a la cueva! ¡Ahí de seguro estaré a salvo del frío! — pensó con rapidez.

Con la costumbre de un arriero, procedió a tomar sus pertenencias y acomodarse junto a unas brasas al interior de la cueva. Este espacio era de aproximadamente tres metros de largo y tres de alto, lo que permitía instalarse plenamente en el lugar. Obviamente, había todo tipo de dibujos y uno que otro recuerdo de antiguos habitantes, que más de una sonrisa sacaron en Romualdo.

Minutos después se encontraba profundamente relajado, tanto por el cansancio del trayecto como por el propio hecho de disponer de días de descanso. En ese apacible estado de armonía, tranquilidad y casi en sueño profundo, comenzó a sentir una extraña sensación que no había experimentado en su vida. Ésta provenía de la boca de su estómago, la cual, comenzaba a palpar con rapidez tal como su corazón.

Tibiamente, aparecía un cierto dolor y una especie de contracción que comenzaba a subir por sus costillas hasta ubicarse con rigidez a la altura de sus pulmones. Desde ahí, la sensación tomaba dos rumbos: i) Hacia su hombro y brazo izquierdo, con un ardor asombroso que inclusive provocaba dolor. ii) Hacia la garganta, generando una tremenda incomodidad, tal como si alguien estuviese literalmente ahorcándolo por alguna «fechoría de esta vida o alguna precedente». Además, esta sensación se posaba con autoridad sobre su cabeza

generando una elevada tensión digna de cualquier cable de alumbrado público.

No había sentido jamás este cúmulo de emociones y sentimientos aflorando en su cuerpo. Más aún, recordó que estaba solo y a la «deriva», situación que extrañamente lo alertó. Esto último, fue similar a «colocar parafina sobre el fuego», provocando un tremendo «subidón» de calor en todo su cuerpo, experiencia que rápidamente se transformó en un agitado temblor que recorría su organismo cuerpo/mente desde las uñas de los pies hasta la coronilla.

Romualdo estaba de un segundo a otro, en estado de shock y desorientación tal, que sólo atinó a levantarse y salir corriendo afuera de la cueva. Tomándose la cabeza con ambas manos, comenzó a gritar desenfrenado.

— ¡Qué me pasa, Dios! ¡Qué me está pasando! ¡Me estoy muriendo! ¡Me estoy volviendo loco! ¡Qué me está pasando! — corría desaforadamente por las laderas a espera de una ayuda que lo asistiera para aplacar tal urgencia. Aquello no ocurrió, contrariamente las sensaciones atacaron con mayor inclemencia sobre sus arrecifes personales, generando una importante dificultad para respirar.

Romualdo puso ambas manos sobre su cuello y comenzó prácticamente a «ahorcarse él mismo»

para terminar con el martirio que su cuerpo estaba experimentado.

El joven no daba más con lo que sentía...

Sólo pensamientos de muerte, pérdida y suicidio aparecían por su mente. El recuerdo de sus abuelos, hermanos, madre y padre azotaban con fiereza implacable sobre su cuerpo emocional, restregando una serie de autocríticas y rencores que por diversos motivos había olvidado.

— ¡Soy el culpable de todo! ¡Todo es mi responsabilidad! ¡Debo morir para disminuir el dolor de mis ancestros! — repetía continuamente su mente convulsionada.

Enérgicamente, comenzó a buscar una cuerda o una piedra para colgarse o darse duramente hasta encontrar la muerte. Lamentablemente para sus intenciones, no había nada de eso en las cercanías.

— ¡Hasta cuando voy a ser así! ¡Sin familia y personalidad! ¡Solitario como un perro! ¡Sin la capacidad de amar, ser cobijado y cuidado como corresponde! — se castigaba con dureza.

Su mente estaba desenfrenada lanzando uno y otro dardo sobre su desolado ser, tal como un enfurecido emperador castigaba a sus peones en antaño. El tiempo transcurría y esto no paraba, continuaba con pensamientos contra Dios, la existencia, la naturaleza y todo ser humano, especialmente el mismo.

Romualdo había encontrado la locura en un apacible lugar de descanso comunitario. De repente, dentro de su creciente estado de desesperación, recordó un comentario que escuchó a lo lejos en el funeral de su padre.

— ¡Sabe yo creo que a esta familia le hicieron un mal, no pueden tener tanta mala suerte! ¡Como tanto castigo de Dios, dejarlos sin madre y padre! — escuchó el joven.

Automáticamente, el pensamiento de Romualdo comenzó a hacer un rápido escrutinio de los principales candidatos que mostraban “envidia” hacia su familia. Otros arrieros, vecinos e inclusive familiares, aparecían en la lista.

Extrañamente este pensamiento de «culpa externa» había calmado parte importante del temporal.

Tremendamente furioso y, aún medio complicado para caminar; decidió volver a la cueva, absolutamente concentrado en la ira que circulaba por cada poro de su cuerpo. Este sentimiento antagónico, había propinado renovadas fuerzas para levantarse...

— ¡Mañana iré temprano a casa a hablar con Ramón para ver que hacemos! — fue el pensamiento que dominó su conciencia.

Lo apacible de la supuesta experiencia de descanso pasó literalmente a segundo plano, ahora lo

importante era encontrar a un culpable y cerciorarse de la veracidad del «supuesto mal».

Ya estando en casa, conversó con Ramón al respecto, quien entregó la totalidad de la responsabilidad sobre su hermano.

— ¡Romualdo! No entiendo nada de esas cosas, pero creo que existen. Si tú encuentras que es necesario, veamos qué podemos hacer — sostuvo su hermano.

Romualdo totalmente convencido, comenzó a realizar las investigaciones necesarias y recogió el dato en un pueblo cercano de una «hechicera» que podría ayudarle.

Con convicción se dirigió al lugar junto con fotografías de su familia y algo de dinero, entendiendo que esta transacción tendría un valor comercial.

Romualdo, se desahogó con totalidad ante la «hechicera». Gritó, lloró, reclamó a Dios ¡Literalmente hizo de todo dentro de la consulta! La «hechicera» se dió el tiempo de escucharlo con parsimonia y entregar a posterior su veredicto.

— Hijo ¿Le puedo hacer una consulta? — preguntó la anciana.

— Por supuesto — replicó Romualdo.

— ¡Que estás esperando que te responda! ¿Qué alguien les hizo algo, para que después vayas como loco detrás del supuesto «hacedor» para castigarlo con toda tu furia? — increpó la anciana.

— ¡Si, por supuesto! — replicó con claridad Romualdo.

— ¿Acaso tú crees que un hombre tiene un poder tal de matar «literalmente» a toda una familia, a través de una supuesta «energía»? — preguntó la «hechicera».

— Absolutamente — contestó Romualdo.

— Hijo, por favor, escúcheme un segundo con atención — le indicó la sabia mujer.

Los asuntos de la vida, dependen de nuestras influencias, karmas, intenciones y, por supuesto, de las decisiones que tomamos. No obstante, no tenemos el control total sobre la vida y, menos, sobre la muerte. Todo es un tema de creencias. Si «crees» que alguien mató a tus padres, esa será la realidad en la cual vives. Si «crees» que la muerte es un paso normal dentro del cual la raza humana se desarrolla, esa también será tu realidad.

¡Por favor! está muy bien que seas un hombre de campo, pero eso no quita que dejes de ver la vida tal cual es, sin ser influenciado por obsoletas creencias de ignorantes y temerosos. Lo bueno, es que, al fin y al cabo, es tu decisión. Puedes creer «en una u otra cosa» y eso ira dirigiendo tu vida conforme tus motivaciones.

Romualdo, estaba muy desconcertado, absolutamente mareado con cada una de las palabras de esta vieja anciana. Venía buscando un culpable

para todo su lamento y se encontraba cara a cara con sabias enseñanzas que derrumbaban todo su esquema de creencias y valores.

Antes de salir de la consulta, la «hechicera» le regaló unas yerbas para preparar algunas infusiones y unas oraciones para estar «más conectado» con la divinidad.

— ¡Intente sentir las infusiones y no pensar sobre ellas! — comentó la sabia.

Romualdo se devolvió «sin pan ni pedazo» para su hogar. Una parte de su alma estaba en paz y, otra parte, totalmente vacía.

Al llegar a su hogar y conversar en detalle con Ramón, llegaron a la conclusión que abandonarían esta «lucha fratricida» de culpabilidad. «En definitiva, las cosas tienen su orden, que a nuestra ínfima sabiduría deben estar en acuerdo con la naturaleza del creador» — pensó en voz alta el arriero.

— ¡Oye, hermano! ¡Hasta estoy más filósofo! — rieron ambos a carcajadas.

Al día siguiente, el semblante de Romualdo lucía mayor paz, había cierta seguridad que transitaba por su sangre. Era inexplicable, no podía siquiera emitir una palabra al respecto, no obstante, se sentía tranquilo, sanado en parte de la experiencia de pérdida de sus seres queridos. Aprovechó para ir de compras y visitar a sus hermanos en el centro de

asistencia con quienes disfrutó conversando, jugando y comiendo «cositas ricas».

— ¡Hermanos! — Por favor, no piensen que nos hemos olvidado de ustedes. Les prometo que formaré una familia y cada uno tendrá una pieza en mi reino; enunció tal rey al mando de su territorio.

— ¡Creo que seré alguien exitoso en la vida, gancho! — gritó con desplante a cada uno de sus seres queridos.

De vuelta a casa, optó por bajarse del bus y sentarse en una plaza aledaña. Necesitaba entender a su forma esto de las «creencias», consejo que consideraba vital dentro de toda la conversación con la anciana «hechicera».

...A ver «Si creo en algo, esto se vuelve realidad» ¡Perfecto! ¿Cómo es el «creer»? ¿En qué «creo»? Sin mediar intertantos, apareció un barniz de su personalidad en forma de pensamiento.

— Sí creo que soy feo, poco agraciado y vergonzoso no conoceré a nadie en la vida. Si creo en eso, la gente me verá como eso. ¡Si creo o pienso que soy feo, quedaré sólo! — ¡Brillante reflexión, Watson! — recordando una historia de Sherlock Holmes que había escuchado en una casa de familiares.

En un momento, sintió la necesidad de ir donde la «hechicera» que a esa altura ya la veía como la madre que había perdido.

— ¡Señora Hechicera! — necesitaba verla.

— ¡Perdone decirle así, pero así la conocen por el pueblo!— replicó Romualdo.

— Es que sabe, tuve una idea respecto a eso de las creencias que me mencionó el otro día. ¡Ve! ¡Confíe en su palabra y aquí estoy! — comentó el joven.

— ¡Bien jovencito! ¡Muy bien! — respondió la anciana. Recuerda que no puedes depender de mi en su totalidad. Si pierdes tu derecho de análisis y reflexión, regalas el sentido de tu vida. Lo que sientas al respecto, irá guiando cada uno de los pasos desde tu sabiduría interior ¡Lo que piensa tu corazón! ¡El corazón también tiene neuronas! — reía irónicamente la «hechicera».

Una vez Romualdo contó todo lo que había deducido y, ante la atenta mirada de la anciana, quien de vez en cuando se sorprendía ante la «visión» de este hombre de campo; optó por sentarse unos minutos junto a él.

— ¡Mire jovencito! Lo importante es que tengas conciencia que no tienes control sobre los resultados, sus creencias — que son «invisibles» por naturaleza — pueden cambiar, sin embargo, eso no significa que las cosas cambien inmediatamente en el exterior, aunque a grandes rasgos se pueden notar ciertas diferencias positivas.

El impacto final, dependerá de cuanto confíes en ello — finalizó la maestra.

— ¡Hay que estar atento al experimento! — reflexionó misteriosamente la mujer.

— ¡Pequeño guardián del campo! Lo importante en lo que me relatas, es que te estás dando cuenta que, si te comienzas a apreciar, amar y respetar, las cosas pueden cambiar. Sientes vergüenza de ti mismo ¡Cómo es posible eso! ¡Tú eres la mejor versión de ti mismo! ¡Por qué temer! Quizás, el miedo también es una creencia. Investíguelo.

El joven salió totalmente sorprendido de la consulta de la «hechicera». Entendía que poca gente iba a verla, ya que la mayoría de los lugareños decía que estaba media loca y que hablaba de cosas como «compasión», «empatía», «responsabilidad» y «unidad», algo que descolocaba a cualquier mente que intentaba acercarse en busca de respuestas culposas. No obstante, se notaba que vivía tranquila y que no se preocupaba mayormente por la ausencia de personas. Además, se apreciaba visiblemente sana, llena de luz y con una extraña energía que parecía levantar el pelo en los brazos de Romualdo.

Al llegar a su hogar, le comentó a su hermano que volvería a la cueva ¡Necesito encontrarme a mí mismo! ¡Hay algo que me dice hace eso, hace esto otro, pero pareciera ser que es un programa automático! Es algo que grabé en mi pensamiento, sobre lo cual, no tuve la capacidad de analizar y verificar que fuera cierto para mí

— ¡Era verdad para ellos, no para mí! — reflexionó el hombre de campo.

Con la decisión de un valeroso discípulo, se dirigió con valentía al lugar donde su mente había atentado contra sí mismo.

— ¡No hay culpables! ¡Ni siquiera yo soy culpable de algo! — pensaba sonriendo para sí.

Sin embargo, eso no significa que pueda hacer lo que me plazca, hay que tener conciencia y responsabilidad sobre las acciones. Algo así como ayudar y colaborar con la vida — indagaba con sutileza.

— Creo que mi rostro es algo rudo, como separado de la vida — caviló para sí.

Imagino una práctica de sonreír más durante el día y hacerlo con alegría ¿Cuál es el motivo para no ser feliz en la vida? Siempre estoy pensando en lo que me falta, por tanto, si tengo esa «creencia» y no «me regalo el tiempo» para investigar sobre ella; cada vez que reciba algo, seguiré carente y será como un pozo sin fondo. Si creo que me falta, es como necesitar más y más.

— ¡Debe ser validado en mi experiencia! — sostuvo con firmeza.

— ¿Qué le falta a mi vida en este exacto momento? — se preguntó a sí mismo con profundidad.

Absolutamente nada, tengo un vehículo (cuerpo), tengo aire para respirar, puedo moverme

(aunque si no pudiera moverme no sería impedimento), tengo intenciones de crecer y la fuerte motivación de construir. Debo ser sincero, que tengo cierta angustia y ansiedad que atraviesa mi ser. Es decir, ciertos pensamientos han amainado en su intensidad, a pesar de ello, todavía siento presiones en el pecho, palpitaciones en el corazón y la tensión en la garganta.

— ¡Esto es extraño! — reflexionó con detalle.

Estando ya en el lugar denominado por el mismo «El Chiflón de la locura» se dispuso a cerrar los ojos y entrar aquello denominado «meditación». No tenía idea que era, no obstante, había visto que la «hechicera» cerraba los ojos y entraba en un estado de completa inmovilidad.

Sin mediar comentarios, se concentró en los sonidos de la naturaleza.

— ¡Puedo rápidamente escuchar con detención sonidos que nunca hubiera percibido en otro estado!

— se comentó a sí mismo.

— ¡Hasta parece que puedo sentir el silencio detrás del todo el ruido de la naturaleza! — se decía con sorpresa.

Esto le parecía increíble y se transformaba con rapidez en una enorme sensación de bienestar con el mismo y con toda la vida.

— ¡Esto es vida! — reflexionaba para sí.

A posterior, instaló la atención sobre las sensaciones que atravesaban su cuerpo, recordando el comentario de la sabia «hechicera», respecto a que sentir era más importante que pensar.

— ¿Cómo será sentir esta presión que tengo en el pecho? ¿Qué será sentir? — se preguntaba con detalle.

No entendía nítidamente lo que era sentir, no obstante, se concentró en observar esa «placa» emocional que se disponía en el frente de su pecho.

— ¡Es como una tabla! ¡Una especie de frontón! ¡Una especie de peso! ¡Qué raro esto que llevo conmigo en el pecho! ¿Desde hace cuanto tiempo estará ahí y no me había dado cuenta? — reflexionó en un estado de auto-exámen.

No encontraba respuesta a esa reflexión, sin embargo, seguía decididamente observando su pecho con compromiso y entrega.

— ¡Esto lo haré por mí y por toda mi familia! — se alentaba de tiempo en tiempo.

Seguía con dedicación observando su interior, con una inteligencia tal, que permitía dejar a un lado toda la ráfaga de pensamientos que atravesaban su conciencia.

Fueron tres días de plena conciencia, aunque no tenía idea que significaba ese pregón que rondaba su mente, entendía que «había estado un par de días junto a él»

— ¡Que extraño esto! ¡Siento que por primera vez estuve conmigo mismo, aunque siempre estoy conmigo! ¡Que paradoja más extraña! — se reía para sí.

Al regresar a casa y dar un caluroso abrazo a su hermano Ramón, ambos se dieron tiempo para planificar sobre el futuro de sus posesiones.

— ¡Mire hermano! — indicó Romualdo. Sería muy positivo que estudiemos lo que pensamos hacer. Podríamos tomar nota de ello para ir manejando nuestras expectativas y conocer que nos funciona, en base a ciertas intenciones y motivaciones. De esta forma, creo que podremos descubrir por nosotros mismo el mejor destino para nuestras inversiones.

— ¡Usted sabe que tenemos que hacer «rentar» esta cosa! ¡Tenemos varias generaciones detrás de nosotros que necesitan de nuestra dedicación absoluta! — reflexionó Romualdo.

— ¡Hermano, está muy sabio! ¡Estoy completamente de acuerdo! — respondió Ramón con dulzura.

Ramón tomó nota de todas las ideas que se dibujaron sobre la mesa, con lujo de detalles planificaron el mejor destino para sus compras, inversiones y ventas. Así también, dado el tiempo y confianza que lentamente se instauraba sobre sus psiques, decidieron indagar cautelosamente en

ciertas asesorías con el fin de mejorar su toma de decisiones.

— ¡Hermano Ramón! — creo que el próximo año intentaré retomar mis estudios

— ¡Me haría muy bien! — afirmó Romualdo.

— ¡Hermano! ¡Tal como usted dice! ¡Voy a hacerlo! ¡No, voy a tratar! — respondió Ramón.

— ¡Ve! ¡Algo he aprendido! — reían con inocencia de dulces niños

Llegaron al acuerdo que en 7 días más, revisarían todos los avances. Así también, impulsado por la idea de estudiar por parte de Romualdo, Ramón sintió la necesidad de pensar en un curso de computación para agilizar sus cuentas y ordenes empresariales.

— ¡Hermano! — le cuento que Noemí sabe computación. Creo que sería una buena idea pensar en hacer un curso de computación. Al parecer, hay algunos municipios que dictan cursos gratis o muy bajo costo.

— ¡Sería una gran idea! — manifestó un entusiasta Ramón.

Sin lugar a duda, ambos lucían una gran motivación; inclusive, cierta sabiduría interior daba gala de nuevas palabras en su vocabulario cotidiano.

Romualdo se sentía renovadísimo de ideas y no dudaba en sus intenciones de conocer a más personas y de hablar de ciertos aspectos más

filosóficos de la vida. Dado su poco entrenamiento racional, sus primeras enseñanzas sonaban bastante comprensibles a primera vista.

Conversaba sobre la importancia de perdonar el pasado sin la necesidad de ahondar en él, sino sintiéndose profundamente agradecido por haber compartido con dichosos seres humanos. También, sobre lo relevante de amarse a sí mismo. Para ello, usaba ciertas frases de Jesús, que había escuchado en una prédica evangélica como sostén ideológico para sus comentarios. Eso sí, no dudaba en afirmar que no pertenecía a ninguna religión en especial, sino era su propia experiencia de carne y hueso.

Si algo no lo había evidenciado, no tardaba en cerrar los ojos y esperar que ciertas sensaciones — algo así como intuición — apareciesen en ideas.

Obviamente, no comentaba a todas las personas sobre su descubrimiento sino, más bien, desplegaba su sabiduría en las típicas juntas de la plaza, en ciertos juegos o en la esquina tomando algún refresco.

Pasaron casi tres semanas y la vida andaba sobre rieles. Si bien, aparecían de vez en cuando ciertas emociones muy fulminantes, disponía de plena confianza para entrar en ellas sin temerles, ya que entendía que eran emociones y que eran parte de él. ¡Cómo voy a rechazarme a mí! — se decía con convicción.

Quando voy a un lugar me gusta sentirme acogido y acariciado. ¡Darme cuenta de que hay un lugar para mí, un espacio para mi experiencia! Así también, lo hago con cada emoción, pensamiento e inclusive sentimiento que aparece sobre mí ser. Le otorgo un espacio, le regalo una entrada para que pueda sentirse cómodo en el mejor lugar donde puede estar ¡Mi santuario personal! ¡No necesita entenderla! — reflexionaba con profundidad.

Un día con la excusa de un ramo de flores que le recordaba su energía, fue a visitar a la «Santa Hechicera».

— ¡Hola! — saludó dulcemente a la anciana. Sabe, iba caminando por la calle y al ver este ramo de rosas me acordé inmediatamente de usted y no dude en comprárselos.

— ¡Aquí se las traigo! — repitió Romualdo.

— ¡Miles de gracias, joven! ¡Para que fue a molestarse! — respondió la anciana.

— ¡Disculpe! ¿Cuál es su gracia, ñora? — preguntó Romualdo.

— ¡Rosa! — respondió con amor la «hechicera».

— ¡Qué casualidad más grande! — rieron ambos al unísono.

— Disculpe mi joven. Le agradezco enormemente su regalo, pero estoy muy ocupada — afirmó la anciana.

— ¿Qué está haciendo? — respondió Romualdo.

La anciana se detuvo unos segundos y miró fijamente a los ojos a Romualdo. Estuvieron cerca de un minuto en ese estado, inmutados por sus presencias y miradas. Nada ocurría en sus mentes. — ¡Estoy escuchando música! — respondió la anciana

— ¿Qué música le gusta? — perdone que le pregunte, contestó Romualdo.

— ¡La bella música que emite el silencio! — respondió con claridad la Señora Rosa.

— ¡Ya! ¡Chaíto! ¡Estoy ocupada! ¡Besitos y hasta luego! — se apuró la anciana.

Romualdo quedo petrificado. Había tenido un cierto atisbo detrás de todo el sonido de la naturaleza, pero nunca había pensado que se podía escuchar el silencio.

— ¡Que será eso! — pensaba para sí.

Con la inocencia y genialidad de un niño, no dudo en solicitar una autorización — aunque aún quedaba tiempo que le había regalado Ramón — para ir a su cueva e investigar por si mismo respecto al silencio.

— ¡Hermano! ¡Usted sabe en lo que estoy! Le prometo que no voy a descuidar nuestro sustento y, en ningún caso, me estoy aprovechando de usted. ¡Tan solo necesito conocer que ocurre en mi interior y quizás puede hasta ayudar a otras personas para

que conozcan lo que les sucede en sus vidas! — afirmó un estricto Romualdo.

Armó su mochila y preparó a su caballo para partir a la mañana siguiente. Con una gran tranquilidad, se percató de diferentes aspectos y tonalidades del camino que, previamente, no se había dado cuenta. Observó que algunas creaciones de la naturaleza eran realmente bellas y estéticas, comulgando con una pequeña reflexión respecto a la relación entre Dios y todo el ecosistema (palabra que había escuchado a unos ciudadanos).

Parece que no nos hemos dado cuenta, pero ¡Dios es la naturaleza! ¡Estamos hechos a imagen y semejanza de la tierra! Tenemos arterias y venas tal como ríos, tenemos «materia sólida» (cuerpo) tal como una roca o la simple tierra. Hay veces que nos enojamos tal como un volcán o estamos tranquilos como el tierno viento. Los pensamientos atraviesan mi mente tal como una ráfaga de aire; vienen de la nada, están un par de segundos ¡y quizás menos! y luego parten a un lugar desconocido.

— ¿Tendrá cierta consistencia un pensamiento? ¿Tendrá consistencia el aire? — reflexionaba apasionadamente mientras disfrutaba una exquisita manzana. El aire se mueve, pero no se ve. Así también, un pensamiento pasa y no se ve. Una gran ráfaga de viento puede derribar un árbol, así como un pensamiento descuidado puede desarmar la vida

de un ser humano, si no es consciente de sí mismo — concluyó en silencio.

— ¿Elegirá un árbol ser derribado por el viento? ¿O será parte del ciclo natural de vida y la muerte? ¿Existirá eso llamado «muerte» realmente? — se cuestionaba en silencio.

La consciencia de Romualdo viajaba a diferentes coordenadas del espacio/tiempo a la altura de un místico interesado por saber los orígenes del universo.

— No obstante ¿Qué será “ser consciente” de algo? ¿Que significará en la práctica tomar consciencia de una situación? ¿Soy yo consciente de lo que estoy viviendo en este momento? — tomó nota mental de esta pregunta para solicitar una respuesta por parte de la vieja sabia Rosa.

Una vez en su lugar de encuentro personal, sometió toda intención de buscar una respuesta a su acalorada mente y se preparó para conocer eso llamado silencio. Sentado sobre una roca, cerró los ojos y se preguntó para sí ¿Dónde está el silencio?

Por algún detalle del destino, sólo se concentró en su respiración sintiendo como su abdomen se contraía y expandía con cada respiración. Pudo observar que entre una “entrada de aire” y una “salida de aire” se posaba un apacible silencio, el cual sólo era interrumpido por una especie de sutil vibración que atravesaba su cuerpo.

Mantuvo ese estado por casi una hora. Al salir de él, se dedicó a mirar la creación sin ninguna opinión o juicio al respecto de lo creado.

— ¡A esto se deben referir los «pintores» cuando hablan de belleza! ¡Realmente todo lo que hay en el planeta es «bello»! Sólo los puntos de vistas de cada persona generan diferencias entre cada individuo y lo creado. En verdad, pareciera ser que ¡todo está conectado! No obstante, nuestro pensamiento egoísta y pernicioso, nos separa de la existencia — concluyó con sutileza.

En esta experiencia, Romualdo pudo asociar que siempre existía el silencio detrás de cada acción. Contrariamente el miedo y la sensación de falta (carencia) provocaban la continua estampida del pensamiento separándonos de la creación.

— ¡Dios es creatividad pura! ¡Dios nunca ha tenido un juicio u opinión respecto a nosotros! ¡Dios solamente nos ama! ¡Dios es la conciencia! — afirmó con totalidad.

Romualdo saltaba de excitación con respecto a sus sensaciones de la vida y estas experiencias de reconocimiento que encontraba en la soledad del silencio.

También pudo reflexionar respecto a la devoción, gratitud y reverencia como práctica de conexión con la vida. Tomó especial consideración de guardar todos los residuos que había ocupado,

apagar debidamente el fuego y dar las gracias antes y después de cada comida, inventado ciertas alabanzas de gratitud a lo creado.

En plena búsqueda de silencio mental, aunque con pensamientos que atravesaban sus fronteras, tuvo la idea que debían vender cierto ganado ante la proximidad del invierno que podría ser crudo.

Será mejor tener liquidez, en vez de activos, así podríamos invertir adecuadamente los recursos en la renovación de la manada – concluyó para sí.

Con energía se devolvió hacia su hogar, no mediando tiempo en conversar con Ramón informándole que consideraba necesario reducir la flota, con tal de mantener recursos para un invierno tranquilo de cara a una nueva temporada. Además, Ramón le informó sobre su intención de arrendar anualmente ciertos terrenos para iniciar algunos cultivos de cara a diversificar cualquier riesgo y, además, conocer nuevas personas y campos de acción.

— ¡Me parece fenomenal, Ramón! ¡Cuando tengas una reunión invítame para hacerme una opinión! — solicitó su hermano.

— ¡De acuerdo, gancho! — respondió Ramón.

Pasaron aproximadamente tres nuevas semanas donde Romualdo y Ramón se concentraron en sus bienes, ir a visitar a sus hermanos, sacar

ciertas cuentas y evaluar nuevas ideas para su creciente empresa. Indagaron en ciertos aspectos tributarios, gracias a un amigo de Ramón y, de ciertos beneficios, que les podría generar iniciar sus actividades más formalmente.

— ¡Hermano! ¡Parece que lo semejante atrae a lo semejante! — afirmó Romualdo.

Usted es una persona inteligente, noble y todos sus amigos de similar aspecto o «talante», como dicen en la ciudad — comentó el arriero.

Claramente usted es una persona confiable, se nota en su mirada (demostrando un cierto bagaje psíquico que había adquirido en este período), así también, sus amigos son muy transparentes y colaboradores.

No tardo en esperar el lunes de la cuarta semana para ir a visitar a la anciana Rosa.

— ¡Hola Señora Rosa! ¿Cómo ha estado? — preguntó Romualdo

— ¡No creo que mejor que usted! — respondió de manera sarcástica la anciana maestra.

— ¡Señora Rosa! ¿Sabe que tengo un par de consultas que quería realizarle? Usted sabe lo de mis «escapadas» al cerro y de las cosas que ahí me han comenzado a ocurrir. Debido a ello, tengo tres o cuatro preguntas que quería realizarle.

— ¡A ver, mi joven «catete»! ¡Cuénteme todas las preguntas de una vez! ¡Estoy ocupada «cultivando

las plantas del interior de mi casa»! — respondió con sigilo la veterana.

— ¡Mejor le respondo de una vez lo que estoy haciendo para ahorrarle una nueva pregunta! — sonrió de manera dulce.

— ¡Mire! — comenzó la anciana. Lo primero es que no tengo la verdad definitiva respecto a las cosas, solamente es mi experiencia. Si eso le puede servir de algo ¡perfecto! No obstante, mi experiencia no tiene porqué coincidir totalmente con su experiencia. De ahí, que debe tener cuidado con los «dimes y diretes» del mundo racional ¿Me entiende, cierto? — afirmó la octogenaria.

— ¡Si, por supuesto! — respondió velozmente Romualdo.

— «Todo es consciencia, absolutamente todo es consciencia. Lo que respiramos, un mueble, un planeta, lo que está ocurriendo a miles de años luz de aquí, también es consciencia. Absolutamente, todo es consciencia. Cuando la consciencia se extingue, aparece la vacuidad; pero eso, también es parte de la consciencia»

— ¿Me entiende? — preguntó la anciana

— ¡Por supuesto! — respondió Romualdo, aunque técnicamente no. Había sido muchísimo más inteligente que ocasiones anteriores. Había adquirido una radio cassette con grabador, por tanto, estaba registrando su conversación con su sabia maestra

para en la tranquilidad de su hogar, atender a su relato con minuciosidad.

«Nosotros no nos parecemos en nada. Físicamente somos distintos; tenemos diferentes emociones, sensaciones y pensamientos, inclusive nuestras intuiciones son distintas. Nuestros talentos y vocaciones podrían llegar a coincidir en algo, pese a ello, la manifestación de los regalos de Dios es diferente en el plano material. Cada uno de esos descubrimientos es parte del reconocimiento personal. Esta es la diferencia entre entendimiento y realización. El primero es a nivel mental, un pensamiento más, algo de lo cual puedes conversar sin entender. En rigor, no muchas personas se benefician con él. Cuando realizas algo, pasa a ser parte de tu esencia, de tu aroma, de tu propia fragancia, por tanto, puedes influenciar a todo tu entorno de una manera más significativa» – comentó la anciana.

Romualdo estaba prácticamente en comunión con una dimensión de misticismo puro, enseñanzas que en su interior resonaban como verdad llegaban directamente a su corazón. Sinceramente, no comprendía mucho, pero tenía claro que existía una sagrada energía detrás de cada palabra que salía de la boca de la sabia que significaba mucho para él.

— ¿Pero ¿cómo soy consciente de algo o de una situación? — preguntó el joven.

Tal como te comenté al principio de nuestra conversación, nuestra experiencia exterior es diferente para cada ser humano. Nuestras emociones, pensamientos y sentimientos son diferentes e, inclusive, no existe ningún aparato que pueda demostrar que estamos pensando lo mismo. Contrariamente, la experiencia de ser consciente es similar para ti y para mí. En este momento eres consciente de escucharme, también eres consciente del entorno y, a la vez, de todos los sonidos que están teniendo lugar exactamente en este momento. Tu experiencia de ser consciente es similar a mi experiencia de ser consciente, esto no puede ser diferente. Esa experiencia que es tan sutil guarda detrás de cada situación que vivimos, la inherente energía de unidad. ¡Todo está conectado! ¿Qué es lo que lo conecta? La experiencia de ser consciente. Nuestro espíritu interior no puede ser atrapado tal como una manzana, es «no-objetivo»; espero que algún día entiendas esto, concluyó la maestra.

— ¡Mira te lo voy a poner de esta forma! — enunció la anciana

— ¡Ponle ojo a la grabadora! — afirmó risueña.

— Tu mente racional o “pensante” es un cúmulo de creencias y paradigmas. Básicamente, está formado por todo lo que has aprendido en la vida.

Llamémosle «información». Una de las funciones más misteriosas de la mente es su capacidad de estar «atento». Por ejemplo: un ser humano puede estar atento a un problema, atento a un deseo, atento a un estado psíquico, atento a una fulminante atracción amorosa. Es decir, la «atención» te permite observar hacia afuera. ¿Cierto?

— ¡Sí! — afirmó con la cabeza Romualdo.

— ¿Qué pasaría si esta misma atención la diriges hacia adentro? — preguntó la maestra.

— Que puedes decirme ¿Haz el ejercicio ahora mismo? ¡En este instante! — invitó la anciana.

Romualdo, cerró los ojos con sutileza y comenzó a buscar algo en su interior. Pasaron aproximadamente 5 minutos cuando fue interrumpido por la sabia.

Bueno, cuéntame tu experiencia — replicó la anciana Rosa.

— ¡No hay exactamente nada en que fijar mi atención! Es decir, puedo fijar mi atención en el cuerpo, en un sentimiento o inclusive «observar» un pensamiento, pero ¡todo ello está cambiando! Sin embargo, hay una silente sensación que está detrás de todo, como «testigo» de lo que ocurre, pero no está compuesta por los ojos o los oídos. Es algo misterioso, sagrado y silencioso.

— ¡Muy bien! — afirmó la «hechicera».

— ¿Podrías hacer el ejercicio de concentrarse en este vacío interior un par de veces al día? — le propuso la octogenaria.

— ¡Por supuesto! — respondió Romualdo.

— ¿Esto significa que voy a ser su especie de «discípulo»? — preguntó temeroso.

— ¡No! Para nada. De hecho, tengo que ausentarme un tiempo, pero ¡tú sabes! Uno va y vuelve.

— ¿Donde va Señora Rosa? — preguntó con intriga Romualdo. A lo mejor, necesita apoyo para llevar sus cosas o cuidar su casa.

— Voy de viaje a ver unos familiares a Valparaíso. ¡Bueno! quedemos hasta aquí. ¡Debo preparar las maletas! — afirmó la anciana.

— ¡Hasta luego Señora Rosa! — Igualmente pasará a ver su casa para darme cuenta de que esté todo en orden.

— ¡Gracias muchacho! — respondió la señora.

Romualdo se devolvió feliz a su hogar. Tenía una sensación de unidad con la existencia que provocaba un creciente placer interior. Mirar un árbol, apreciar la belleza de la existencia y ¡hasta respirar! se volvieron un acto de conexión con la sabiduría del universo.

— ¡Pensar que todo esto es Dios! — reflexionaba para sí, una y otra vez.

Al volver a su casa, sintió que debía sí o sí volver al cerro. Necesitaba «hurguetear» en su

mente y corazón. Comprendió que su hermano podría molestarse o notarse sorprendido por los nuevos intereses de Romualdo, sin embargo, Ramón estaba realizando un trabajo formidable con los activos de la familia. De hecho, acordaron que, si las ganancias superaban el “piso” que estimaban, el saldo sería completamente para Ramón por su positiva gestión.

— ¡Hermano! ¡Sabe! ¡No tengo idea lo que estoy buscando! ¡Algo dentro de mí, me dice que debo seguir adelante! — pronunció Romualdo.

— ¡Hermano! ¡Mis bendiciones están con usted! ¡Siga adelante! Si hay algo urgente, sé dónde encontrarlo — respondió Ramón.

Ya estando en su «sitio de luz» en el cerro, Romualdo procedió a sentarse sobre un sitial que había especialmente acondicionado para estar cómodo. Previamente, se dispuso a tomar unas cuantas infusiones de Artemisa y a realizar una plegaria para acceder con amor a su espacio silente.

Todo estaba muy tranquilo en su interior. Disfrutaba plenamente de la experiencia de ser consciente de su entorno. Así también, podía profundizar en su capacidad de observación de pensamientos y sensaciones. Pudo darse cuenta, que al concentrarse en una emoción incómoda como una «presión en el pecho» gran parte de los

pensamientos asociados comenzaban a diluirse, tal como la sal en el agua.

También observó que estas «capas de energía» escondían detrás otras capas que eran un extraño tipo de creencias que estaban totalmente ocultas a la mente vigilante. Eran como «patrones de fondo» — nombre con el cual bautizó a las creencias — que no querían mostrarse, pero que podrían producir más de un malestar.

— Estas «capas de energía» que estaban detrás de las capas más superficiales, me han mantenido atado a una especie de desmerecimiento conmigo mismo — concluyó para sí.

Tal como un niño, intentaba imaginar que estas «capas» comenzaban a soltarse de su cuerpo. Rápidamente pudo percibir que intentar «sacarlas» era ciertamente un «nuevo conflicto» respecto a lo que sentía.

— ¡Si me mantengo junto a estas capas de energía, estás tarde o temprano deberán partir! — concluyó para sí mismo.

— ¡Si hay alguien que está todo el rato molestándome y le doy continua atención, claramente va a continuar molestándome! ¡Es como alimentar su personalidad! Si le otorgo una «indiferencia amorosa», este «molestoso» no le va a encontrar sentido a estar ahí y, tarde o temprano, va a partir.

— ¡Va a terminar despidiéndose el mismo! y...
¡Capaz que terminemos siendo «amigos del alma»!
— reflexionó de manera profunda.

Algo le había dicho a Romualdo que no debía entrar en conflicto con sus percepciones y sensaciones, sino abrir un cierto espacio de comunión donde ambos pudieran compartir el goce de la vida. Entendió sin mayor instrucción el concepto de apego, asociando el recuerdo de sus abuelos y padres y como, técnicamente, estaba asociado a una imagen negativa de él mismo.

— ¡Es como si «yo» me hubiese alimentado todo el día de autocríticas y quejas sobre mis acciones! — observaba con detalle.

— ¡Que soy «leso»! ¡Yo mismo me estaba dañando!
¡No me amaba nada! — concluyó para sí.

No obstante, entrando en una dimensión más psicológica de su ser, se preguntó ¿Quién es el «yo» que se autocritica? ¿Ese «yo» soy «yo»? ¿Quién creta es el que se auto-flagelaba tanto? ¿Quién soy yo? o ¿Qué soy yo? — se preguntó en tono filosófico.

Su mente racional comenzó a disparar una serie de pensamientos que recordaban su infancia, comerciales de radio, uno que otro de televisión, juegos de infancia, retos de sus padres; suavemente la mente comenzó a hilvanar una compleja red que dificultaba el acceso a su «yo» profundo.

— ¡Es como si el acceso al «yo» estuviera bloqueado por una serie de pensamientos «raíces»!

— medito en silencio.

— Esto es como una planta. Una que está en buenas condiciones debería mantener raíces firmes, no obstante, sin tierra y agua es imposible que crezca. Al limpiar las raíces las puedo conocer bien y, por lo tanto, puedo acceder a una mayor comprensión, asociando cómo funciona su mecanismo de alimentación y crecimiento — reflexionó con detención.

Esta nueva aventura en la montaña le había confundido en gran medida. Ahora, cuando hablaba de su «yo» no sabía a quién se refería. Se sentía como flotando en un mar de identidad. No sabía realmente que quería hacer y si todo lo que estaba viviendo tenía realmente un sentido. Se cuestionaba profundamente el hecho de haber sido «hombre de campo», con poca instrucción académica y cada día pensaba que todo este proceso de reconocimiento era una «extraña pesadilla».

— ¡Parece que todo esto es una gran mentira! ¡Estoy perdiendo mi tiempo en algo «sin sentido»! — se decía con rudeza.

Paso cerca de un mes apestado con todo este estudio de su ser, renegando todas las enseñanzas de la anciana, con ciertos vislumbres de querer avanzar, pero sin ningún rumbo definido.

— ¡Debería volver a lo mío y olvidarme de esto! — pensaba una y otra vez.

Un día en medio de una «tormenta de su ego» pasó a ver si la Señora Rosa ya había vuelto. Lamentablemente, nadie salió después de varias llamadas a la puerta. ¡Qué triste! ¡Al parecer la Señora Rosa no está! — concluyó para sí.

Romualdo no sabía qué hacer, su malgenio era evidente y claramente estaba descompensado, tanto emocional como psicológicamente.

— ¡Hermano, necesito conversar con usted! Romualdo le contó con lujo de detalles todas las experiencias del último tiempo. Ramón, escuchaba con sorpresa cada refrán que salía de la boca de su hermano.

— ¡Sabe hermano! ¡Ya no sé si «yo» soy «yo»! ¿Qué hago? — le preguntó a Ramón.

— ¡Mire hermano! Yo no soy nadie para aconsejarle ¡No entiendo nada de lo que me habla! Eso si tengo la «tincada» que está «enfermo del alma». Tome reposo, haga otras cosas, vaya a ver a los animales, distráigase un poco...le respondió con sabiduría.

— Romualdo siguió los consejos de su hermano al pie de la letra. Fue a visitar a sus hermanos, llevarles regalos, dar paseos por la ciudad y comprarse algo de ropa, especialmente unas zapatillas.

— ¡Sabe hermano, voy a salir a trotar! — le comentó motivado.

— ¡Fíjese los neumáticos que me compré! —
apuntando a sus pies.

— ¡Jajajajaja! ¡Parece que le ha hecho bien este
período de pausa, gancho! — respondió Ramón.

— ¡Sabe hermano! Estoy tan agradecido de las
personas de la Asistencia. Sé que nuestros hermanos
están bien cuidados, tengo claro que dentro de poco
tiempo podremos criarlos y todo lo referente a sus
temas. Usted, ha sido clave en este extraño proceso
que estoy viviendo — ambos se abrazaron con amor
y fraternidad, como conociéndose hace miles de
años.

Romualdo, estaba más tranquilo. Había
navegado esta «tormenta» y llegar con uno que otro
rasguño a tierra firme. Sin embargo, tenía claro que
algo estaba pendiente con su «yo».

— ¿«Yo» seré «yo»? ¿Quién es este «yo»? ¿Cuándo
digo «yo» me refiero al cuerpo, a una emoción, al
pensamiento? ¡Todos ellos son distintos! Siempre he
pensado que el «yo» es algo estático, fijo como el
cuerpo, pese a ello, todo está cambiando. ¡Qué
extraño todo esto! — meditó observando la
inmensidad de la luna llena.

El cuerpo también cambia. Uno se apega al
pasado (a lo que fue) o espera que lo viene sea mejor
que lo que estoy viviendo (futuro); por tanto, me
pierdo totalmente de la experiencia presente.

Esto llamado «pensamiento» tiende a viajar en el tiempo, extrañamente hay pensamientos que inviten al instante, a la experiencia que estoy sintiendo exactamente «ahora».

— ¡Hay muy pocos pensamientos “presentes”! – concluyó después de una extensa contemplación.

En medio de este nuevo deleite místico, se dirigió a comprar pan donde la Señora Herminia para cenar junto a su hermano. Era un antiguo local del sector, donde lo conocían de muy niño. Enredado en una conversación sobre fútbol, Colo-Colo, la Universidad de Chile, apareció desde atrás del local una joven a quien no había visto nunca.

— ¡Hola! — saludó la joven de manera atenta.

— ¡Como está, Señorita!— respondió Romualdo ¿Cuál es su gracia? – preguntó de manera amable.

— ¡Romina! — gusto en conocerle.

— ¡El gusto es mío! ¡Dama! — respondió un «canchero» Romualdo.

— Sabe quería 6 panes, 6 laminas de chanco y unos tres tomates para la cena.

— ¿A usted le gusta el tomate con chanco? — preguntó de manera inocente el arriero.

— Entre risas, Romina le dijo que no, ya que era vegetariana.

—¡No, gracias! No como carne. Tuve la oportunidad de ver unos videos de como maltratan a las aves y

vacunos, y decidí no comer más carne. Optó por frutas, legumbres y verduras de todo tipo.

— ¡Que interesante, oiga! ¡No había escuchado nunca eso de no comer carne! — sostuvo Romualdo.

— ¿Cómo me dijo que se dice? Pidiendo las disculpas del caso.

— ¡Vegetariana! — respondió Romina.

— ¡También están los «veganos»! Ellos, no comen nada que provenga de los animales. Por ejemplo, no comen huevo, leche, quesos, etc.— reafirmó la muchacha.

— ¡Chupaya no comen nada, oiga! — reían mutuamente...

— ¡Sí! Pero hay otras formas de mantener los nutrientes adecuados como multivitamínicos — asintió la joven.

— ¡Básicamente es un tema de «conciencia»! — afirmó Romina.

Romualdo quedó «helado» al escuchar esa palabra. «Conciencia». ¡Sí! ¡Entiendo! Es decir, no come animales, porque considera que no es necesario y que sufren.

— ¡Sí! ¡Eso, eso! — respondió Romina.

— No obstante, si no quiere tomar esa elección, también está bien ¡Cada uno elige libremente lo que desee! — concluyó la muchacha.

— ¡Si pues, la entiendo perfectamente! — respondió Romualdo.

El joven quedó literalmente «enganchado» de Romina. Su sabiduría, la naturalidad de sus palabras, el desplante al conversar y todo lo relevante a la «conciencia» cautivó hasta las entrañas a un confundido Romualdo.

En adelante, cada día que iba al negocio de la Señora Herminia, sentía que su corazón latía con internsidad y como el miedo escénico se apoderaba completamente de su ser.

— ¡Oiga, Hermano! ¡Pucha que se ha demorado estos días comprando el pan! ¿Le está «echando el ojo» a la sobrina de la Señora Herminia? — preguntó con suspicacia Ramón.

— ¡Es universitaria y parece que estudia Veterinaria! — agregó Ramón.

— Romualdo sólo lo escuchaba guardando silencio...

— ¡Gracias por el «dato»! — le dijo con un pensamiento Romualdo a Ramón.

Ahora que disponía de mayor información, podía conversar de caballos, ovejas y vacas que era un tema en el cual se manejaba completamente. ¡Tengo experiencia en eso! — se decía para sí mismo.

— ¡Disculpe Señora Herminia! ¿Quería hacer una consulta? — preguntó Romualdo.

Me gustaría invitar a la Señorita Romina a ver mis animales, entiendo que ella es Veterinaria y,

con mucho respeto, la quería convidar el domingo de paseo al cerro.

— ¡Señora Herminia, no me estoy «pasando de listo»! ¡Usted sabe que soy una persona tranquila! ¡Sólo quiero ser un buen anfitrión! — se sinceró el joven.

— ¿Qué le parece a usted, miya? — preguntó Herminia a Romina.

— ¡Si, me parece! — respondió la joven.

— ¡Bakán! — respondió Romualdo, usando la «jerga juvenil» – La paso a buscar el domingo a las 08:00 de la mañana, concluyó el arriero.

Romualdo estaba claramente complicado, intentó anotar todos los temas que podía conversar para evitar quedarse sin palabras. Solicitó asistencia y revisión de su hermano para afinar detalladamente la «velada». No tenía ninguna intención, salvo conocer e interactuar con la ciudadana.

Ya de paseo por los senderos, la conversación se centró en el color de la naturaleza, los sonidos y como el hombre ha destruido el ecosistema con el fin de enriquecerse. Todas las palabras que salían de la boca de Romina eran un exquisito manjar que hipnotizaba la conciencia de Romualdo dejándolo literalmente anclado en su corazón.

Estando ya en la planicie, Romualdo le conto brevemente la historia de su vida usando una que

otra mentira «piadosa»; como haber terminado el colegio, leer bastante literatura espiritual y otros temas más cotidianos. Le motivaba profundamente ver que Romina se reía con sus «jergas de campo», por ende, dada su extraña nueva inteligencia, hacía uso intensivo de ellas para obtener, una y otra vez, sonrisas de la joven.

Su corazón explotó al saber que no tenía compromiso alguno, que estaba cursando tercer año de Veterinaria y que hasta el momento iba «canasta limpia» con todos los ramos. Se definía como una mujer de casa, hogareña, buena para el estudio y con planes de formar una familia y, por supuesto, tener hijos. Todas sus expectativas calzaban exactamente con los requerimientos que Romualdo esperaba de una mujer. Además, era una mujer atractiva. 1, 70 de estatura, pelo castaño, tez clara y facciones suaves.

— ¡Todas estas sensaciones que están apareciendo deben ser los síntomas de «estar enamorado»! — se decía para sí.

Había dispuesto especial cuidado en la alimentación, preparando leche de almendras, jugos de zanahoria y diversos tipos de ensaladas; junto a un caudal importante de limones para aliñar adecuadamente cada comida.

— ¡Le pedí asesoría a mi hermano que se maneja más en la tecnología! — comentó Romualdo.

— ¡Romu! ¿Te puedo decir así, cierto? — preguntó Romina.

— ¡Claro po, hija! — respondió un acelerado Romualdo.

— Ambos rieron al unísono, con los «modismos» del huaso.

— ¡Esto está exquisito! ¡Es lo más rico que he comido en tiempo! ¡Te pasaste! — celebró la joven.

— ¡De nada, oiga! Es que sabe a mí también me gusta todo lo relacionado con «ser consciente».

— ¡Usted sabe! ¡De hecho, estoy pensando en no comer animales por respeto! — así como usted dice.

— ¡Sí! — pero debes tener precaución, no es recomendable de un día para otro. Hay que hacerlo de manera pausada y con orientación de especialistas para evitar cualquier complicación — le explicó la joven.

— ¡Romu! te cuento que mi principal hobbie es caminar por la naturaleza ¡eso me encanta! — comento Romina.

— Mire que casualidad, justo el otro día me compre unas zapatillas para caminar y correr por la naturaleza, comentó Romualdo.

— ¡Ya pue! ¿Para cuándo la cita? — preguntó un insinuante Romualdo.

— ¡Pasado mañana! — respondió Romina. Mañana voy con mi abuela a la ciudad a unos trámites.

— ¿Hasta cuando está en la ciudad? — preguntó Romualdo con temor.

— ¡Mira no sé exactamente, Romu! ¡Si me entretengo me quedo hasta Febrero! — respondió con entusiasmo Romina.

— ¡Romualdo casi reventó de sorpresa! ¡Estar entre dos a casi tres meses viendo a Romina era más que formidable y, sin duda, un «regalo de Dios»! — pensaba para sí.

El lunes siguiente, fue un día de planificación para Romualdo, intentando bosquejar todos los panoramas que podría ofrecer a Romina ¡Tengo que evitar que se aburra, gancho! — le comentaba a Ramón.

— ¡A ver! campo, cueva, rio, cabalgata y ¡que más! — pensaba para sí.

— ¡Hermano!, súmele ver la luna nueva y llena, inclusive agregue la menguante y creciente para ¡estirar el chicle! — reía Ramón.

— Hay que agregar la trilla, y bueno ahí iré viendo, comentaba un excitado Romualdo.

Por la noche, se sentó con tranquilidad sobre un rincón de su hogar. Se dispuso a prender una vela para agradecer a la Sabiduría del Universo por esta oportunidad de conocer a una mujer tan «buena moza» e inteligente como Romina. Rezaba con devoción y reverencia a cualquier energía que

estuviera detrás de tan lindo acto. Las lágrimas caían con gratitud por tan lindo obsequio.

— ¡Puede que no resulte nada, aún más, tendré la experiencia de conocer en profundidad a alguien y ser amiga de una mujer! — reflexionaba con armonía universal.

El martes siguiente le propuso, tal «patrón de fundo», una serie de actividades que podían hacer juntos. Además, se sinceró completamente respecto a perder cuidado con cualquier intención adicional.

— ¡Me gustaría ser tu amigo, Romi! — le habló con sinceridad Romualdo.

— ¡Por supuesto! — Romu.

— ¡Oye no me había dado cuenta! — comentó Romualdo.

— ¡Romualdo! ¡Romina! ¡Romu! ¡Romi! ¡Viste! — sonrió Romualdo

— ... o «Rom» y “«Rom» de «Romance» — agregó Romina.

En ese momento algo estalló en el interior de Romualdo, una energía hermosa comenzó a circular desde sus piernas hasta su cerebro, generándole una especie de temblor tanto en los dedos de las manos como de los pies. No hubo palabra que pronunciar, salvo las tiernas miradas de dos jóvenes que frente a frente disponían del tiempo suficiente para conocerse.

Así también, Ramón por su parte, también andaba en sus «andanzas» junto a Noemi de manera misteriosa.

— ¡Hermano! ¡Bro, creo que dicen los «gringos»!
— reían a la par. ¡Andamos en racha!
¡«¡Pongámosle bueno, Bro»! — se convencían mutuamente.

Los días eran una mezcla de romance, sensualidad, trabajo y, una extraña energía, que Romualdo definió para sí mismo como «entusiasmo».

Dado su talento filosfal, le comentó a Romina respecto a su experiencia con el entusiasmo. Consideraba esta energía como vital en el proceso de curación de cualquier ser humano y clave para despertar a alguien de la agonía personal y la depresión. ¡Uno tiene que querer eso sí! – agregaba Romualdo.

Cuando uno está envuelto en esta energía, todo fluye, es como si uno se convirtiera en un río que sólo piensa en avanzar y no ve detenciones en el proceso. Inclusive, si estas apareciesen, son parte natural del proceso y no significa para nada un retroceso.

Uno anda más feliz cuando está entusiasmado. Eso sí, hay un gran detalle. Regularmente uno está entusiasmo, debido a una situación del exterior que significó algo positivo

para uno. Por ejemplo, para mí conocerte es fuente de entusiasmo, se sinceró Romualdo.

— ¿Habría que investigar que despierta el entusiasmo desde adentro? — preguntó para sí.

— ¿Tu quieres decir que el entusiasmo es algo así como inspiración? — agregó Romina.

— ¡Sí! Y de ella aparece la manifestación o la capacidad de expresar lo que uno siente. Es fuente de autenticidad para todos aquellos que busquen expresar belleza en la vida.

— ¡Tengo dos acotaciones a tus reflexiones Romu! — agregó Romina.

— La primera es que, para los griegos, el entusiasmo implicaba que «Dios estaba dentro de uno», esto es, que guiado por la energía de Dios uno es capaz que realizar algo. ¡Manifestar! Tal como tú decías. Lo segundo, es referente al río. En el taoísmo, se habla que uno debe ser como el «agua» ¡Técnicamente nada puede detener su avance! — finalizó la joven.

— Así también, tuve la suerte de leer un artículo sobre un pensador llamado Heráclito que decía que uno «No puede poner dos veces las manos sobre el mismo río» ¡Este siempre está cambiando! ¡Todas las cosas cambian! ¡La naturaleza de la vida, es el cambio! — concluyó Romina.

— ¡Hay que intentar no apegarse a las cosas! — reflexionó al cierre la joven.

— ¿Cuéntame Romina donde has aprendido todas estas cosas sobre filosofía? — preguntó un inquieto Romualdo

Desde niña me ha interesado todo lo referente a filosofía, metafísica y misticismo. Leía en mis tiempos libres, en el colegio me iba increíble en filosofía y en la Universidad he cursado varios electivos referentes al tema — respondió la estudiante.

Romualdo escuchaba con expectación todo el recorrido académico de Romina, fascinado por sus aventuras y conocimientos.

— ¡Mira! en casa ando con un libro de Plotino ¡Las Enéadas! ¿Las conoces? — preguntó la joven.

— ¡No para nada! — respondió Romualdo.

— Cuando nos devolvamos te presto el ejemplar para que puedas leerlo — acotó la joven.

— ¡Perfecto, súper! — respondió Romualdo.

Obviamente, Romualdo silencio toda información respecto a su semi—analfabetismo y más detalles respecto a sus conocimientos metafísicos. Desde ese minuto hasta la vuelta a casa, estuvo en trance pensando en el mecanismo que usaría para poder emprender la lectura.

— ¡Voy a preguntarle a Ramón si puede leerme el libro! — se dijo para sí Romualdo.

Al llegar a casa, con cierta ansiedad, inmediatamente le pidió el favor a Ramón.

— ¡Hermano! Por favor, ¡Sálvame! — necesito que puedas leerme un libro para no quedar de ignorante de cara a Romina.

— ¡Si pué, gancho! ¡Pero tendría que ser en la noche! — respondió Ramón.

El libro era las “Eneádas I”, el cual consistía en 9 tratados sutilmente editados por el principal discípulo de Plotino llamado «Porfirio». Este libro hablaba sobre belleza, el bien, la dialéctica, la felicidad y el mal, entre otros temas. Cada noche ambos hermanos leían apasionadamente estas lecturas, emulando antiguos sistemas de enseñanzas donde la lectura y la «sana discusión» se volvían tremendos referentes sobre el desarrollo del potencial humano.

En adelante, cada junta con Romina volcó mayor profundidad tanto en sus conversaciones como en las «miradas» que cada uno se regalaba. De hecho, cuando se debatía una cierta verdad evidente, el comentario habitual entre ellos era

— ¡No seas Porfiria/o! — recordando al sabio griego.

Había trascurrido algo más de un mes que Romualdo no se acercaba a casa de la Señora Rosa, por un lado, por el nuevo interés de compartir con Romina y no querer molestar su habitual tranquilidad. Un día por la noche, sintió una fuerte necesidad de ir a visitarla.

— ¡Hermano, mañana no puedo ir a hacer el trámite al banco! ¿Podré ir pasado mañana, por favor? — solicitó Romualdo a Ramón.

— ¡Claro, Bro! Pero que no pase de mañana. La idea es mantener una estructura sana respecto a la evolución de nuestros depósitos y retiros. — replicó el joven.

— ¡Totalmente de acuerdo, Ramón! — afirmó Romualdo.

Camino a casa de la «hechicera» ciertas sensaciones de incomodidad comenzaron a atravesar su cuerpo desde el estómago hasta el pecho, mezclando cierta expectación de poder ver nuevamente a su sabia maestra. No obstante, ciertos recuerdos de sus padres se manifestaron en su pensamiento, generando cierta melancolía respecto al probable encuentro con su maestra.

Una vez en casa de la anciana, la extrañeza colmó su ser, llamó varias veces, pero nadie salía. Ya cuando había decidido devolverse para emprender ruta a casa de Romina, una señora de más menos 50 años abrió la puerta.

— ¡Dígame! — afirmó la señora.

— ¡Disculpe! — sabe estoy buscando a la Señora Rosa. ¡Mi gracia es Romualdo! — agregó el joven discípulo.

— ¡A ver, espéreme un rato! — le respondió la «dama» con una incómoda intriga.

— Tardó aproximadamente 5 minutos en volver a la escena, al momento que apareció por la puerta y con llave en mano, le dijo a Romualdo — ¡Mi tía Rosa dice que puede entrar!

Romualdo estaba muy confundido por todo lo que estaba ocurriendo, sin lugar a duda, la situación era digna de un clímax teatral.

Antes de ingresar a una gran pieza, la señora le mencionó con sutileza a Romualdo.

— ¡Mi tía Rosa está enferma, según los doctores le queda muy poco de vida! ¡Ella prefirió venir a su hogar! Me había mencionado que solamente en caso de que usted viniese lo hiciera entrar — acotó la Dama.

Romualdo estaba muy nervioso, no se atrevía a predecir en qué estado vería a su maestra una vez que atravesara la cortina.

Al entrar a la pieza, observó a su «maestra» visiblemente agotada, pálida y muy cansada. Su tez era, mas bien, amarilla, color que denotaba según su experiencia de «campo» un mal funcionamiento de algunos de sus órganos vitales.

— ¡Señora Rosa! ¿Qué le pasó, mi vieja? — preguntó un atónito Romualdo.

La anciana visiblemente agotada, pero manteniendo una mirada dulce y tierna, lentamente comenzó a hablar en tono suave.

— Hola mi joven...el viaje tiene un destino y tarde o temprano tenemos que terminar el trayecto. Al parecer, es hora de bajarse del tren — comentó lentamente la anciana.

Romualdo, no aguanto más el cúmulo de tensiones que estaban atravesando su cuerpo y en un ¡Amén!, reventó en llanto sobre las faldas de su sagrada «hechicera».

— ¡No puede morirse! ¡Cómo va a ser eso! ¡No, por favor, no! — sollozaba entre lágrimas.

Como pudo la Señora Rosa levantó su mano y comenzó a acariciar la cabeza de Romualdo con una gran delicadeza, provocando que cada lágrima que salía de su ser fuese curada a través de su eterna compasión.

— ¡No te preocupes, mi joven! Tanto el ciclo de la vida como el de la muerte están fuera de nuestro control. Nuestra intención y voluntad son firmes timones para avanzar en nuestro crecimiento como humanos que aportamos, de una u otra forma, en la evolución — concluyó la veterana.

Entre palabras, la Señora Rosa solicitó a su sobrina que le mojará la boca y la frente, la cual, mostraba un desgaste de varios días de alta temperatura.

— Mi querido joven, no me queda mucha energía. ¿Necesita que le ayude en algo? — preguntó con profundo amor la «hechicera».

— Mi sabia maestra, respondió Romualdo. Tengo tanto que contarle que no sé por donde comenzar. He conocido el amor, he pensado en la inmortalidad del «Yo», me he preguntado respecto al sentido de mi existencia y como ayudar, así como usted lo hace, afirmó Romualdo.

— ¡Mi joven! me alegró en el alma. Sólo podría aconsejarle lo siguiente – respondió su maestra.

En ese instante, la «hechicera» comenzó a mirar a los ojos de Romualdo con una ternura tal que pareció diluir cualquier atisbo de identidades personales entre ambos, generando un entorno de unidad que se manifestaba en el silencio de la habitación.

— Tarde o temprano se encontrará de frente con su «Ego» o su «Yo», el cual ha sido la gran pregunta de generaciones y generaciones. Su «Yo» es tu propia experiencia, lo que anhelas expresar, lo que buscas manifestar y lo que quieres vivir; cuando te das cuenta de que eres uno más dentro de todo el plan de despertar de la consciencia humana, apreciarás que ¡Hay un solo ser! ¡El ser humano es un solo ser, llamado «Ser humano»! — finalizó la experimentada sabia.

— Cuando tus hábitos, creencias y valores se asocien a esta conducta tanto la inseguridad, el miedo y las sensaciones de carencia, comenzarán sutilmente a disminuir – acotó la maestra.

Nunca intentes eliminar o hacer algo con tu «ego» ¡Déjalo ahí, inquieto igual que un niño chico! ¡Sin «ego» no puedes vivir, sin «ego» no te puedes manifestar! ¡Comulga con él! ¡Es sólo un programa! — insitió la octogenaria.

Ya casi sin aliento y haciendo una pausa para ser abastecida de líquido por su sobrina, continuó...

— El «ego» es el sentido «Yo soy esto o Yo soy aquello», se curioso respecto a tu proceso, no intentando ganar algo específico, sino apreciar con gratitud que está pasando en cada momento de tu vida. Cuando tu compromiso y dedicación están a favor de la humanidad, la consciencia de vida — eso que tú llamas «Dios» — comienza a acompañarte cada día. ¡Por favor! Olvídate que estás viviendo sólo. ¡Siempre estás acompañado! ¡Siempre hay energías curándote, cuidándote, orientándote! ¡No te olvides de eso! — susurró con pasión cósmica.

— Creo que está será la última vez que nos veamos, ¡Gracias por venir a verme! ¡Estoy muy agradecida por ello! ¡Ya debo descansar, no me quedan energías! — acotó finalmente la maestra.

Sin antes dar un fraternal abrazo, tal como el que daba a su madre y ofreciéndole toda la ayuda que fuera necesaria, Romualdo se despidió del hogar con una enorme sensación de vacío existencial.

El joven caminó rumbo a la plaza para meditar respecto a todo lo que ha sucedido en el último tiempo, ciertas lágrimas acariciaron su mejilla y una tremenda sensación de impotencia respecto a la vida comenzó a emerger.

Al volver a su hogar, fue necesario para él conversar con Ramón para «liberarse» de toda esa presión interna que estaba apareciendo. Lloró desconsoladamente sobre sus brazos. Las sutiles palabras de la Señora Rosa recordaban por momentos los sabios versos de sus abuelos, su madre y su padre. La nostalgia existencial se apoderó esa noche de Romualdo. Pensó en ir a casa de Romina para declarar su amor, empresa que fue detenida por Ramón, explicando que estaba siendo presa de un leve «instinto animal».

Al día siguiente optó por quedarse en casa, ya que su ánimo estaba visiblemente afectado y su rostro tenía claras evidencias que haber llorado por largas horas. Al otro día, fue temprano camino al pueblo para hacer algunas compras.

Sintió el impulso de pasar por la casa de la Señora Rosa a ver como seguía su salud. No fue necesario llegar a casa, para darse cuenta de que su anciana maestra había fallecido. Ni siquiera se atrevió a entrar para no molestar la intimidad de la familia y optó por retirarse, con los ojos literalmente «hechos un río».

En su angustia profunda, corrió camino al aposento de Romina; estaba necesitado de afecto, cariño, sufría profundamente la muerte de su sagrada maestra.

Al llegar al local y ver a Romina, inconscientemente, se abalanzó sobre ella llorando con efusividad.

— ¡Falleció la Señora Rosa! — gritó Romualdo.

— ¡Sí, me enteré mi querido amigo! — respondió Romina.

— ¡Abrázame por favor, Romualdo! ¡Estoy contigo! — le susurro al oído Romina.

Romualdo estuvo cerca de media hora sobre el pecho de su amiga, la tristeza embargaba su ser con fuerza. Pasado ese tiempo, Romina le preparó un té y algo para comer para recuperar sus energías.

— ¿Estás más tranquilo, Romu? — preguntó Romina.

— ¡Sí, gracias querida amiga! — respondió Romualdo.

— ¡Para eso y mucho más estamos los amigos, pue!

— le respondió Romina con entusiasmo.

— ¡Vamos a sentarnos a la plaza! Creo que te va a ser muy bien — le propuso la joven.

Ambos caminaron lentamente y en silencio hacia la plaza. Al sentarse, Romualdo le contó a Romina todo lo que significaba la Señora Rosa para

él y como la muerte había azotado su vida en los últimos años.

— ¡Eso que llaman sufrimiento, es el tremendo aprendizaje de vida, mi querido Romu! — reflexionó Romina.

— ¡No sé qué hacer con mi vida ahora! — habló de manera complicada Romualdo.

— ¡Romu! Este no es momento para sacar conclusiones, date unos días y, poco a poco, la información comenzará a bajar. Por favor, no te impacientes, ¡Se agua! — le sugirió Romina.

Desde ese día una extraña convicción comenzó a nacer en Romualdo, de hecho, una silente energía comenzaba a aparecer desde sus piernas y subía con calor por su espalda generando por las noches una tensión excesiva. Por las mañanas, cuando podía, intentaba salir a correr para generar «energía adicional» y, si no era posible, consumía mucha canela, miel y algunas infusiones tradicionales.

Ciertos atisbos de creatividad con una rara combinación de «imágenes sombrías» comulgaban dentro del organismo cuerpo/mente, llamado Romualdo Del Carmen Pacheco Pérez. Esta irreverente energía, generaba cierto descontrol en su psique despertando elevadas dosis de estrés. Hábilmente, intentó verse lo «justo y necesario» con

Romina para evitar cualquier sospecha respecto a su estado.

— ¡Voy a confiar! ¡Voy a confiar! ¡Seguir adelante!
— se decía para sí.

Entiendo que esto debe ser la «mente racional programada» en conflicto con la «creatividad»; algo así como mi autenticidad y originalidad innata. Somos una unidad, pero cada parte de esta unidad tiene su propia expresión innata en la existencia — reflexionó para sí.

Por las noches los ataques de energía, se volvieron succulentas dosis de miedo y terror existencial que inclusive sobrepasaban la «tormenta de ego» que había vivenciado meses atrás.

Su propia sabiduría lo impulsó a abrir completamente su ser a todo este cúmulo de sensaciones.

— ¡El miedo es la expresión última de la ignorancia humana! — reflexionaba con convicción.

Fueron exactamente 7 días donde «algo misterioso» azotó su ser con enormes olas de emoción y sentimientos que provenían de un inframundo terrorífico. Sencillamente, aunque «las palabras» no contienen todo lo que experimentó, se rindió a las sensaciones que atravesaban su cuerpo sin interponerse en nada a cada «espasmo» de su historia personal.

— ¡Soy valiente! ¡Soy capaz de sentir en profundidad! — se decía con sutileza.

Durante esos días, en dos oportunidades fue visitado por Romina, no obstante, su hermano con gran genialidad inventó que había surgido una urgencia familiar con sus hermanos y que Romualdo estaría unos días en la ciudad.

— ¡Pierde cuidado, Romina!, está todo bien — Romualdo volverá luego.

— El día 8 Romualdo despertó tranquilo, extrañamente pudo percatarse que en su mente había muchísimos menos pensamientos que de costumbre.

— ¡Como llaman a esas cosas que les hacen a los aparatos computacionales, gancho! — le comentaba a Ramón.

— ¡Reseteo, gancho! — respondió su hermano.

— ¡Hermano, eso! ¡Vi pasar, literalmente, toda la vida frente a mí!; no como imágenes o algo así, sino como todas las sensaciones que me «había literalmente comido» durante toda mi vida y, quizás, en otras existencias — finalizó el arriero.

Ramón, reía a carcajadas con el sentido universal de Romualdo, no entendiendo ninguna de las palabras que salían de su seca boca.

— ¡Hermano! En este tiempo no se que le ha pasado, todo ha sido muy raro, sin embargo, sé que no está poseído por algo, ya que no ha perdido su

mirada inocente. Sin embargo, luce más claro y tranquilo, así como sereno — reflexionó Ramón.

— Al cabo de 21 días volvió con entereza a lo que llamamos «vida», ya con las energías repuestas y con su ser más entero, «emplumó» rumbo a casa de Romina. Iba alegre, entusiasmado, vigoroso de poder ver a su “«amiga»».

— Al entrar al local y conversar respecto a todos los trámites que tuvo que hacer, agregando que debió ser hospitalizado por un extraño virus.

— ¡Me tincó algo así, sabía que tu hermano me ocultaba algo! — contestó Romina.

— ¡Necesitaba hablar con urgencia contigo! — afirmó Romina.

— ¡Cuénteme, mi chiquitita! — le respondió con preocupación Romualdo.

— ¡Vuelvo en dos días más a la ciudad! ¡Por suerte apareciste! ¡Pensé que no te vería! — comentó con angustia Romina.

— ¿Cómo? — respondió con asombro Romualdo.

— Debo devolverme antes, mi mamá necesita que la apoye en algunos temas y también debo prepararme para volver concentrada a la universidad — argumentó la joven.

— La cara de Romualdo lo decía todo, su ser comenzaba a desquebrajarse a igual como un sistema de creencias añejas se retira de un alma responsable. Esto era mucho para él, era similar a

una nueva muerte, un nuevo término, pensó que sería el fin de su aventura con Romina.

— ¡Romualdo! ¡Sé que estás triste! Pero necesitaba conversar contigo ¿Te parece que salgamos mañana a algún lugar? — le propuso misteriosamente Romina.

— ¡Sí! — exclamó con felicidad el joven galán.

Llegó a su casa y se dispuso a preparar un exquisito festín para despedir a su «querida amiga»; ensaladas, jugos, sándwich y diferentes frutos eran el adorno para una vibrante despedida. Además, se preocupó de escribir una carta comentándole todo lo que ella había significado para él en este tiempo y dos regalos adicionales: un ramo de flores y, aunque podía ser auto-referente, una foto de él cuando era niño; único recuerdo de su infancia.

La cena fue muy distendida, toda la presión del momento se había disuelto en el amor de compartir juntos ricos manjares junto a la naturaleza. Entrada la hora, Romualdo no aguantó con su emocionalidad y se largó a llorar como un niño que había perdido a su ser más amado.

— ¡Te voy a extrañar mucho, Romi! ¡Por qué no te quedas! ¡Por favor! — suplicaba un agonizante Romualdo.

— ¡Mi querido amigo! debo volver a terminar mis estudios, tengo un firme compromiso con todos los animales y la naturaleza — afirmó la joven.

— ¡Es que te voy a extrañar muchísimo! ¡Te transformaste en lo más importante de la vida! ¡Que apogos «ni ocho y cuatro»! — sollozaba entre lágrimas Romualdo.

— ¡Ese reclamo me hizo reír, Romu! — sonreía Romina.

— Mi querido Romu, necesitaba decirte algo...Sabes, tengo la sensación de conocerte de toda la vida, sin necesidad de hablar de misticismo es ¡Cómo que te conociera de vidas anteriores! Todo me parece tan espontáneo y natural que, día a día, pasaste a ser parte importante de mis pensamientos. Sabes, nunca he pololeado y ni siquiera he dado un beso. Me pareces un ser humano admirable, sabio y valiente. Estaré como a dos horas y media en bus de acá, puedes ir a visitarme cuando quieres. Yo creo que volvería en las próximas vacaciones o quizás – dependiendo de los exámenes – cuando aparezca un fin de semana largo.

— ¡Mi querida Romina! ¡Si usted me lo pide la voy a ver a Marte!;De alguna forma me las arreglo! — sonreían a la par con romanticismo.

— Quería pedirte algo... ¡Tú sabes me voy mañana temprano a la ciudad! — afirmó la joven.

— ¡Lo que usted diga! Respondió con proactividad Romualdo.

— ¡Podrías darme un beso!;Yo nunca he dado uno!
— le comentó Romina

— ¡Yo tampoco! — respondió un inocente Romualdo.

— ¿Cómo se hará? se preguntaron al unísono — algo que despertó sinceras risas en ambos.

— ¡Probemos! — dijo Romualdo.

— ¡En el camino se arregla la carga! — afirmó con sagacidad.

— Ese momento se transformó en lo más lindo que ambos jóvenes habían vivido en su existencia; abrazos, besos, caricias, palabras lindas, fue el mejor regalo que la divinidad le haya regalado a sus almas sedientas de amor y expresión. Aprovecharon de estar mucho abrazados, caminar de la mano y sentir la cantidad de energías que se movían por el cuerpo.

— ¡Romi, estoy tiritando! — le decía con ingenuidad Romualdo al oído.

— ¡Debe ser los nervios, mi Romu! — le respondió Romina.

La despedida era hasta tres semanas más, fecha en que ambos se prometieron volver a verse, ya que Romualdo iría a visitarla a la ciudad. Una vez con los datos de su hogar y que locomoción tomar, todo estaba dispuesto.

— ¡No imaginas lo que te voy a extrañar, amada mía! — susurraba al oído un enamorado Romualdo.

— ¡Te voy a esperar con un quequito hecho por mí!
— se guarecían ambos en el calor de su amor sideral.

— ¡Un besito «semi—cuneteado»! en la «jerga» de Romualdo, era la antesala de su propio libro de romanticismo.

Era el momento de la despedida y la bienvenida a la nostalgia. Fue un proceso duro, Romualdo no quería levantarse y pasaba días enteros acostado o sentado con la mirada perdida. Contaba con los dedos los días para volver a ver a su amada. Prometió no llamarla antes de verse, ya que Romina quería contar a sus padres la experiencia que había tenido con él.

Ramón lo comprendía con la personalidad de un padre y le permitía que viviera en carne y hueso su duelo existencial.

Uno de esos días, sentado en la plaza con su ser embargado en la nostalgia, se le acercó una persona a quien desconocía.

— ¡Disculpe joven! — consultó el caballero.

— ¿Usted es Romualdo? — preguntó.

— ¡Sí! ¡Yo soy Romualdo! — respondió con firmeza el joven.

Sabe necesito ayuda estoy complicado con unos temas con mis finanzas y además me encontraron unas «piedras» en los riñones. En la esquina me dijeron que quizás usted me podía ayudar.

— ¡No! ¡Para nada! ¡Yo no soy sanador ni nada de eso! — respondió Romualdo.

— ¡Parece que se equivocó de persona! — expresó el joven.

— No fue mi intención molestarlo, disculpe joven — respondió el caballero.

En ese momento, un extraño reconocimiento apareció en la conciencia de Romualdo.

— ¡No estás y nunca estarás sólo! ¡Busca tu propósito en la vida y confía en ello! — surgió la voz.

Se paró rápidamente y corrió hacia la persona.

— Le pido las disculpas del caso, estimado caballero, enunció Romualdo.

— ¡Sí! ¡Creo que lo puedo ayudar! — afirmó un entusiasta joven.

— ¡Tiene que acompañarme a mi consulta! ¡Es en mi hogar! — afirmó con gracia.

— ¡Si, no hay problema! — respondió su primer paciente.

Desde ese día y, en adelante, comenzó a recibir personas de todos lados, inclusive ¡Venían desde el extranjero! Inventó un extraño método que se basaba en que las personas escribían sobre un papel lo que les sucedía y él con un tremendo amor, intuición y «don de Dios» les comentaba lo que percibía, indagando sutilmente en su estructura de pensamiento y sistema de creencias.

— ¡Tienes lo que ves! — les afirmaba con dulzura.

Así también, inventó una rara correlación entre afecciones y formas de ver la vida, situación que intentaba remediar con diferentes tipos de prácticas y recomendaciones.

¡Su prestigio crecía con firmeza! ¡Su empatía, honradez y sinceridad eran la clave! De hecho, pasó a llamarse Romualdo «el Sanador» y Romualdito «El de los Milagros», por parte importante de sus conocidos.

Su vida continuó avanzando, su carrera como orientador y sanador también. Pudo casarse con Romina y formar una bella familia, incluyendo al resto de sus hermanos. Su vida transcurrió con un estricto sentido de colaboración, cooperación y su clara orientación al servicio.

Como todo destino de un hombre, y ya con 85 años, estaba en sus últimos momentos. Acompañado de su esposa, hijos, nietos e inclusive ¡un bisnieto!; toda la congregación se junto para acompañar y celebrar — como él estrictamente había mencionado — la partida del viejo Romualdito «El de los Milagros».

— ¡Hijos! Les quiero pedir un favor. ¡No olvidarse!
— les mencionó.

— Aunque parezca muralla, ya que apenas puedo moverme, quiero mencionarles lo siguiente — habló con un satírico humor.

— Primero, me gustaría ser incinerado ¡No sé porqué!, y que mis cenizas las esparcieran en la Estación Central; ahí donde salen los trenes. ¡Siempre me encantó ese lugar! — insistió con firmeza.

— Segundo, a quien necesite mi ayuda, coméntenle de mi parte que «escriban de su puño y letra lo que les ocurre y yo como pueda ¡vendré en su ayuda para aliviar su dolor! ¡Intentaré como la silente conciencia presente concederles la ayuda, siempre y cuando la divinidad esté de acuerdo!» — afirmó el anciano.

— ¡No tenemos el control sobre las acciones! No obstante, nuestra intención y voluntad son anclas de manifestación humana.

En ese instante, tal como una gota de agua, el alma dulce y eterna de Romualdo volvió a su origen, al océano de plenitud, al estado de gracia, al campo de lo inmanente e inmanifestado, a la conciencia en reposo; para tarde o temprano (dependiendo de la gracia de Dios) volver las veces que sea necesario, en la forma que su voluntad lo estime conveniente, para expresar amor y compasión por la humanidad.

FIN

